



Serie Los Amantes (1984-1997)

ÚLTIMO ACTO

PRIMER ACTO: DOLOR

No sabía de donde venía este dolor, solo podía reconocerlo y se golpeaba contra él como un insecto se golpea contra un vidrio. Y, engañada por su transparencia, ella también se obstinaba en querer atravesarlo. Tomaba impulso, se pegaba y volvía incansable y absurdamente a hacerlo hasta que, de puro agotamiento, caía contra el obstáculo invisible.

Este dolor llegaba en cualquier momento, de cualquier manera.

No podía prever su llegada. A veces se insinuaba en ella paulatinamente; a veces era ella que iba a su encuentro y se sumergía en este dolor

ÚLTIMO ACTO

como uno se sumerge en un río. Pero de cualquier manera ella reconocía enseguida este sufrimiento y sabía que entonces, y aunque nada hubiera cambiado alrededor de ella, se aislaba del mundo y se concentraba únicamente sobre las pulsaciones dolorosas de esta herida. Pensaba en los relatos que había oído de estos colonialistas que volvían con una apariencia saludable pero secretamente carcomidos por un mortal virus, un mal difuso, fugaz y tenaz pero del cual ni se quejaban temiendo tanto la compasión como el aburrimiento. Ella también callaba. Cuando el dolor subía en ella tal cual la marea, se desdoblaba. Todas sus fuerzas se concentraban en las apariencias. Hacer que el cuerpo, el rostro, las palabras funcionen. Pero las cosas que hacía o que oía ya poco la alcanzaban. Este dolor aparecía en momentos inoportunos, cuando ella hacía cosas que amaba o estaba con gente que le gustaba. Entonces,

ÚLTIMO ACTO

súbitamente, el interés se apagaba, como una luz que se apaga y ella se debatía sola en su universo de ciega, tal cual una inválida reciente, desconcertada por la oscuridad. Se esforzaba por interesarse en lo que pasaba alrededor de ella por temor de atraer la atención sobre su ausencia. No quería que se supiera que se sentía disuelta. Había transformado "esto" en un personaje extraño, inquieto intempestivo de su cuerpo, tal cual una especie

JACQUELINE AUBENAS

Tomado de : Les cahiers du Grif. "L' amour et les femmes".
Editions Complexe. Bruxelles. 1992
Traducción libre de Florence Thomas para la Revista "En
Otras Palabras.."

de invasor arrogante. Entonces, ella pensaba los actos y los gestos tratando de engañar su alrededor. Trataba incluso de mirar sus interlocutores con intensidad, se reía fuerte, se esforzaba algo de más. Pero constataba que esa coloración que se daba no impresionaba a nadie. Tal vez los que la querían de verdad percibían de repente esta presencia artificialmente acentuada, o al contrario un retraimiento imperceptible, pero no decían nada.

Siempre creyó en la fuerza del hacer y hacía para sobrevivir. Pero no sabía si era el método adecuado y no se atrevía a preguntar. Tenía miedo de las palabras que dan existencia. Mientras el dolor no tenía nombre, le pertenecía a ella sola, y pensaba poder vencerlo en un combate singular. Se veía en un restaurante ruidoso, rodeada de amigos y amigas. De repente “la cosa” cambiaba el escenario, volviendo su plato sin sabor y la conversación vacía. Su cuerpo ya no estaba ahí para reír, comer, hablar y sólo era ahora un forro para este enemigo interior que le apretaba la garganta, le cortaba la palabra. Y, en este contexto brillante, embaldosinado de cerámicas de piscina, tenía la sensación que todo esto existía sólo para que se cumpliera lo irremediable, transformándose en la misma trucha que había dejado de comer y que, muda y asfixiada como ella, abría patéticamente una última vez la boca en una agonía de pez.

SEGUNDO ACTO: DIARREA

En su estómago, el pánico. Como llena de agua, se vaciaba, se regaba. Había perdido el placer de la comida, se esforzaba y su cuerpo, como un animal sano, lo sabía y evacuaba. Comer le daba náusea. Debía comprar comida, prepararla, cocinar y todo esto la llenaba de una pereza imposible de controlar cuando anteriormente le gustaba, le hacía agua la boca comprando las

cosas en el mercado. Compraba un melón sólo por su olor fuerte, pesado y dulce. Ya no encontraba la sensualidad de los platos que se doraban en el horno, la suavidad de las pastas y el placer del ruido seco de las verduras picadas en la tabla de madera. Todavía guardaba algo de la alegría de la mesa, sus manteles y la vajilla que sacaba del armario campestre. La mesa redonda seguía siendo el último centro de reunión. Le gustaba y vigilaba su apariencia. Él ya casi no comía ahí. Las comidas se habían vuelto para él un lugar de rechazo, de resistencia y huía, tal vez sin saberlo, de todo lo que venía de ella. Ella lo sabía y esto la hacía morir cada día. Frente a su resistencia, ella se refugiaba en esta sensación de un estomago demasiado lleno, enfermo e incontinente. Un rechazo de lo que la alimentaba y le hacía creer que existía. Su cuerpo estaba tan cansado y tan lleno de descomposición que se preguntaba como podía funcionar aun. Ella no había contado a nadie esta disentería.(.....)

Entendía que se había enfermado de la vida. Él también lo sabía. Él se refugió en un resfriado de verano y le aconsejaba tomar unas pastillas amarillas que le daba con una solicitud distante. Él tomaba aspirinas y se llenaba la garganta de spray. Los dos estaban frente a frente a su dolor; ella le dijo que quería hablarle de esto. Él le respondió “lo estamos haciendo” y se fue sin mirarla.

TERCER ACTO: EL CUERPO

Tenía una edad en la cual sin estar joven no estaba aún vieja. Poco a poco descubría lo que ya no podía permitirse. Conocía sus pequeñas zonas de derrumbe. Se volvía frágil a las vigiliadas, al vino, al dolor. Navegaba según los ritmos de su vida en diez años más o diez años menos. Se acordaba que no hacía mucho encontraba ancestrales las mujeres de más de cuarenta años. Se preguntaba

cuándo termina la seducción, el deseo, acordándose de los textos de las enamoradas maduras. Estos textos euforizantes le parecían falsos y en contradicción con las miradas ordinarias de los hombres que privilegian la piel lisa. Encontraba injusto envejecer justo cuando necesitaba todas sus fuerzas para enfrentar el dolor, este mismo que enfatizaba el paso de los años. Cómo tener la piel tersa sin dormir y sin comer, el muslo firme cuando cada día vacilaba de angustia. Todo esto le daba, en contra sentido, en contra vida, en contra deseo, un rostro gris. "Pareces cansada" le decía la gente que no la había visto desde hacía algún tiempo. (.....) Había llegado a un punto tal de fragilidad que nadie la podía ayudar. Vivía en lo trágico, en lo negro. Sabía que esto no era razonable. Su lucidez no le servía de nada. Su cuerpo le recordaba su soledad y no le daba ninguna certidumbre. En la mesa, se sorprendía reinventando los gestos de estas mujeres bellas pero viejas que luchan todavía por su belleza: apoyaba sus codos en el mantel, tomando su rostro entre sus manos, no para prestarle una atención especial a su interlocutor sino para estirarse la piel un momento con la ilusión de amaestrar su juventud. Cuando estaba acompañada, componía una eterna sonrisa desde el exterior de ella misma. Pensaba en esta patética lucha de las mujeres para parecer...

CUARTO ACTO: LA MIRADA

Él ya no la miraba. No tanto porque sentía volverse objeto, o nada o transparente. No. Estaba demasiado presente y él no quería verla. Preferiría que no estuviera ahí, simplemente. Así que su mirada hacia cualquier cosa para evitarla, contornarla. Sus ojos se fijaban o se dirigían hacia otra parte. O también trataba de hablar a otro, al lado, lo que quería comunicarle o compartir con ella. A veces sintiendo que esta actitud se volvía insostenible, su mirada se volteaba hacia ella

bruscamente. Y entonces sus ojos la humillaban y pensaba no haber conocido nunca algo más doloroso que estos ojos. Sufría por él de la vergüenza y el miedo que expresaban estos ojos que no se atrevían a expresar algo. Eran ojos de huida, de muerte. El pánico la invadía, lo invadía. Entonces para evitarle este dolor, decidió no solicitar más esta mirada. Pero lo pensaba sin cesar y él lo sabía, sin duda. Cuando por casualidad ella captaba su mirada, esta mirada llena de culpabilidad, ella trataba de apagar la suya, de vaciarla de esta espera que a veces no podía disimular. En seguida se sentía culpable y lo insostenible se instalaba, intenso, breve y rápidamente borrado por una nueva huida. Hasta ahora, ella había amado los ojos de la gente, verlos vivos. Pero frente a esta imposible novedad, se sentía inválida.

Él había organizado su circulación en la casa. Se levantaba ya cansado por una jornada que le pesaba porque no sabía como iba a vivirla. Bajaba a desayunar solo, sin compartir más el placer de abrir y leer juntos el correo, las noticias. Volvía a subir sólo cuando podía oír el ruido de la ducha sabiendo entonces que ella se vestiría en otra pieza. Así, en este desencuentro mudo, evitaba, minuto a minuto, el silencio y las preguntas portadoras de malestar y de tristeza. Ella había sido consciente del establecimiento progresivo de esta técnica sin prestarle mucha atención al principio pero después inquieta y resignada. Por la noche, él huía en un sueño pesado o simulado pero inmediato, descansando de las noches que pasaba en otras partes. Volvía como vuelve un caballo a la caballería por la avena y el lecho. Ella, cuando se dormía, sentía su cuerpo tenso, lleno de tics, de temblores repentinos y sobresaltos dolorosos.

Trataba de rehacer la historia de esta intolerancia, del cómo llegó a no poder vivir más con ella, manteniendo la ficción de las apariencias, de la

casa, de los hijos y de los amigos que a veces la llenaba. Entonces no huía pero vivía como exilado en su propio territorio, éste que había creado y amado...Ella ya ni siquiera podía trabajar en su casa puesto que no era una casa que por un momento era vacía sino un lugar que había perdido su sentido, cuya familiaridad se le escapaba. Ya no tenía un lugar puesto que este lugar de los dos ya no existía. El dolor la volvía imbécil y podía pasar horas inerte como una anciana en un banco de hospicio, en una inmovilidad sin pensamiento. Entonces casi no sufría. De este vacío salía agotada preguntándose si un día podría nuevamente vivir ahí, sin hacerse preguntas, feliz.

QUINTO ACTO: EL SILENCIO

Debía aprender a callar. No hacer preguntas. Aún cuando no había dicho casi nada, era demasiado.. Hablaba como el periódico, el radio para las noticias exteriores. Contenerse. Se sentía como un río que se vuelve canal. Transformada en agua lisa, plana y controlada por las esclusas. Pero se asfixiaba con este montón de palabras no pronunciadas. Tenía que evitar las inundaciones devastadoras, las aguas estancadas mortales. Inventar riachuelos subterráneos.(....). Trataba de secarse. Solo gota a gota. Sentía un gran malestar en esta geografía seca como un explorador sin experiencia que atraviesa un desierto. Esta contención la agotaba. A él le gustaba el Sahara, justamente. (.....) Y ella soñaba con un oasis, un espacio fértil y fresco. Pero sabía que era una ilusión de imprudencia que se había aventurado donde no debía. La ilusión última y suntuosa de una tierra que ya no la rechazaba. Lograr un oasis. Sentía la fuerza desesperada de las aventureras que se arrastran, caminan y caen pero se vuelven a levantar y caminar hasta sus últimas fuerzas para llegar a la meta. Tenía siempre sed.

SEXTO ACTO: EL VIAJE

Cuando subió a su carro, no era para irse donde la esperaban. Quería ver el mar. Entrar en él tal vez. Improvisaba una necesidad espontánea y fuerte. Sabía que iba a generar inquietud para sus amigos que la esperaban. Tal vez esto era lo que deseaba. Puesto que no podía ni quería decir nada, su fuga de algunas horas o su desaparición rompería el silencio y develaría su dolor subterráneo. Trataba de esconder la imposible verdad.

Se fue con cautela como si la siguieran. Y a medida que pasaban los minutos, pensaba que allá se generaba sorpresa y ansiedad. Sufría por los que ponía en este estado de espera. Este pensamiento, por primera vez desde hacía muchos meses, rompía el caparazón duro que la aislaba. Manejaba contrariamente a lo acostumbrado, muy rápido y segura. Tal vez iba a morir pero no había escogido ni el poste ni el camión. Evitaba el uno como el otro con una atención y una tensión que le dolía la nuca. Su cuerpo tieso en el acto de apretar el timón.

Con gran sorpresa sentía placer al apoyar sobre el acelerador y miraba la autopista como un cuadro abstracto, rayado con colores, luminoso, difícil y para lo cual era vital poder leer muy rápidamente las señales. Parecía drogada. (....)

No la habían seguido y podía entonces seguir en paz, con una velocidad razonable hacia el destino que sería suyo. Se sentía liberada de toda decisión, flotando como una nave sin timón mecida por las olas. Ya no era necesario pensar ni sufrir. Solo dejar que los acontecimientos tuvieran su autonomía. Recordaba difícilmente en la noche, los cruces, las direcciones a seguir, los atajos que la llevaría a este punto preciso donde había sido feliz. Miraba las casas pequeñas cuya ausencia de cortinas las volvía transparentes como

acuarios. Veía hombres sentados en sillones, mujeres ocupadas en tejer o lavar la vajilla, niños encorvados sobre sus tareas en la mesa del comedor, plantas verdes en materas forradas de papel de chocolate o papel crepé rosado.

Siempre quería ver el mar. No sabía si la marea iba a ser alta o baja, el agua muy fría para calcular el dolor que sentiría antes de sumergirse rápida o lentamente. Sabía que si de verdad quería morir encontraría la fuerza para luchar contra la arena de la interminable playa que se vuelve agua solo en el horizonte. Calculaba su caminar lento en la arena mojada, y el trayecto que debía hacer para no hacer pie y el trabajo de la corriente que le impediría ahogarse. Pensaba acostarse como un caballo cansado esperando el trabajo del agua. Pero todo esto era un relato que construía para ella misma. Tenía desde algunos meses atrás tanto deseo de morir que ni siquiera luchaba contra sus aventuras macabras.

Manejó hasta el lugar que amaba y encontró la oscuridad profunda de un lugar sin luna ni luz ninguna. Antes de abrir la puerta del carro, pensó, como un jugador de póker, que si el mar estaba ahí, pegando a la pared, podría dejarse deslizar, encontrando así un remedio a este agotamiento que la sumergía. Cogió su cartera como para sentir el calor de un objeto familiar en medio del frío que la esperaba. Casi se cayó sobre unas piedras, y se sintió ridícula como el actor que no puede desenvainar la espada durante el tercer acto, se abrió la rodilla como un muchacho necio y vió, sin extrañarse, que la marea era baja y no había dejado sino un charco de agua justo como para mojar una suela. El mar estaba tan lejos que ni lo podía oír. Se devolvió avergonzada, viva. Había visto el mar y esto no le había servido de nada.
